



Miguel Ángel Flores

Anda que no te quiero

Diseño de portada: Marta García Pérez

Edición digital: Francesc Tovar

© Miguel Ángel Flores Martínez

PRÓLOGO

de Manuel Espada

(Un hombre de 50 años maquillado como un muerto y con las ropas raídas sale del escenario despistado y se sienta junto a una espectadora en el patio de butacas.)

ESPECTADORA.—¿Está usted muerto?

PONCELA.—Qué ojo, señora, qué ojo.

ESPECTADORA.—No está usted mal para su edad.

PONCELA.—Gracias por el cumplido, muy amable.

ESPECTADORA.—En el nicho de Enrique Jardiel Poncela figura como epitafio una frase suya: «Si queréis los mayores elogios, moríos».

PONCELA.—Yo soy Enrique Jardiel Poncela. ¿Usted lo sabía?

ESPECTADORA.—No, mera casualidad. Dices una cita de un muerto y resulta que es el que tienes al lado. Cosas que pasan, ya sabe.

PONCELA.—Me morí a los 50 años, en la ruina y olvidado por todos. Menos por usted, por lo que veo.

ESPECTADORA.—¿Qué le trae por aquí, tan muertito, tan resucitado?

PONCELA.—Por estirar las piemas. ¿Qué obra representan hoy?

ESPECTADORA.—“Anda que no te quiero”, de Miguelángel Flores. Es la cuarta vez que vengo a verla.

PONCELA.—Veo que admira usted al autor.

ESPECTADORA.—Pues no, vengo obligada.

PONCELA.—¿Quién la obliga?

ESPECTADORA.—El que ha escrito el prólogo. Yo tan sólo soy un personaje de ficción, me limito a seguir el guión, a servirle de altavoz al que ha escrito todo esto.

PONCELA.—Pues cuente, cuente...

ESPECTADORA.—En cierto modo me recuerda a usted, o a Miguel Mihura.

PONCELA.—A ése le fue mejor que mí...

ESPECTADORA.—*(Habla muy rápido)* Teatro del absurdo, atmósfera onírica, tramas que utilizan la incoherencia, el disparate y lo ilógico para criticar la sociedad y al hombre, ritmo vertiginoso, juegos de palabras, humor sin caer en el chiste fácil, comicidad en los diálogos, ternura en las situaciones más trágicas, dominio absoluto de la construcción dramática, dosificación exacta entre las situaciones inverosímiles y la realidad más realista, disparates inteligentes, personajes cáusticos, irónicos, sensibles, ingeniosos, agudos y mordaces...

PONCELA.—Respire, mujer le va a dar algo.

ESPECTADORA.—No, ya le dije que sigo un libreto. Y no pone nada entre paréntesis del estilo “a la espectadora de la butaca le da algo”.

PONCELA.—Pues no sé, parece usted tan real... ¿Puedo tocarle un pecho?

ESPECTADORA.—¡Ni se le ocurra! Usted preste mucha atención a la primera escena de la obra, porque está relacionada con la última. Es tan lírica, tan poética, tan plástica, que le va a encandilar.

PONCELA.—Son catorce escenas.

ESPECTADORA.—¿Cómo lo sabe?

PONCELA.—Sabe el diablo más por viejo que por diablo.

ESPECTADORA.—No crea, los hay que llegarán a los 100 años pensando que el clítoris es un pokémon de agua.

PONCELA.—¿Pokémon?

ESPECTADORA.—Sí, teatro japonés para niños... Nada que ver con esto.

PONCELA.—¿Es todo de risas?

ESPECTADORA.—En realidad no. Si rasca usted un poco, verá que bajo cada diálogo disparatado, detrás de cada situación absurda o cómica, hay una visión desencantada y escéptica, una amarga crítica a la absoluta falta de comunicación que impera en nuestra sociedad, una crítica a las relaciones de pareja que se pone de manifiesto a través de situaciones aparentemente sencillas. Dos personajes por escena y una escenografía minimalista. ¿Cómo se queda?

PONCELA.—Muerto.

ESPECTADORA.—Explíquese.

PONCELA.—Cuando lo único que tiene un autor es el texto, sin escenografía a la que aferrarse, sin multitud de personajes en los que esconderse, sin puertas para entrar y salir como en los vodeviles de mi época, sólo queda el autor, los personajes y el texto. Y eso sí que es difícil. ¿Qué me cuenta del autor, de Miguelángel Flores? ¿Cómo nació la obra?

ESPECTADORA.—Lo mira perpleja.

PONCELA.—¿Cómo?

ESPECTADORA.—Perdone, he leído una acotación entre paréntesis. Usted está muerto y no va a creer lo que le digo pero...

PONCELA.—Diga, diga...

ESPECTADORA.—Que también sigue un guión, ¿no se da cuenta? Dice unas cosas...

PONCELA.—¡Venga ya! Me deja preocupado.

ESPECTADORA.—El estilo de Miguelángel Flores me recuerda al jardielismo, un término que acuñó un autor de su época, y que luego siguieron autores como Miguel Mihura, Tono, Jorge Llopis, Alfonso Paso, o Ignacio Amestoy. Además Miguelángel Flores cultiva otros géneros, como el relato, lo que le permite desarrollar una especie de cuentos dialogados con una base narrativa

muy sólida. Comenzó a escribir la obra en el año 95 y desde entonces no ha parado de darle vueltas, hasta sacar todo el jugo a los personajes.

PONCELA.—Me interesan los argumentos.

ESPECTADORA.—Le van a encantar. Va a ver a unos argentinos que confiesan un terrible secreto de familia cantando un tango, un mecánico casado que tiene un amante que también es mecánico, una pareja que se comunica a través de los anuncios por palabras de un periódico, una novia que se casa por el embarazo inesperado de su hermana, un ama de casa que planea cómo asesinar a su marido, pero pierde el arma...

PONCELA.—¡Pare ya! Mujer, que me está haciendo un spoiler...

ESPECTADORA.—Sí que es usted moderno.

PONCELA.—Spoiler: Descripción de una parte importante de la trama de un programa de televisión, película, libro, obra de teatro, etc., antes de que sea exhibido al público.

ESPECTADORA.—¡Pues para qué pregunta!

PONCELA.—Cara de sorprendido.

ESPECTADORA.—¿Ve? Usted también se ha confundido. Ha leído una acotación del libreto.

PONCELA.—¿Entonces soy de ficción? ¿Un esclavo al servicio que tiene como finalidad ensalzar la obra de Miguelángel Flores a través de mi mítica figura?

ESPECTADORA.—Exacto, ¿qué se creía?

PONCELA.—Me creía el fantasma de Enrique Jardiel Poncela. Estoy triste. Dígame algo bonito.

ESPECTADORA.—¡Anda que no te quiero! Le da un beso.

PONCELA.—Has vuelto a hacerlo.

INDICACIÓN DEL AUTOR

El orden de las escenas es totalmente arbitrario. En ellas sólo aparecen dos personajes, casi siempre hombre y mujer, por lo que es el mínimo de actores que se requiere. Al ser totalmente independientes, el orden puede variar a criterio de la dramaturgia que se plantee en torno a ellas. Así como, en todo montaje se puede prescindir de cualquiera de las mismas sin que afecte al desarrollo de las demás.

EL CRUCE

(Aparece cada uno por un lado del escenario con un paraguas. Permanecen un tiempo parados el uno junto al otro esperando para cruzar la avenida.)

LUIS.—¿Tú también vas a cruzar?

ANA.—Sí, ¿llevas mucho tiempo?

LUIS.—Desde las siete y cuarto, ¿y tú?

ANA.—Yo hace un ratito. ¡Cuidado, no cruces, un coche! *(Se ríen.)*

LUIS.—*(Amenazando.)* Pues ahora voy a cruzar. *(Se ríen.)*

ANA.—Pues ahora cruzo yo *(Ríen.)* ¿Para qué vas a cruzar?

LUIS.—Para llegar al otro lado, ¿y tú?

ANA.—No, nada, para conocer gente.

LUIS.—¿Cómo te llamas?

ANA.—Ana, ¿y tú?

LUIS.—Luis ¡Qué paraguas más bonito!

ANA.—Me lo ha regalado mi... padre.

LUIS.—Ah, bueno. Voy a cruzar.

ANA.—¿Ya?, ¿tan pronto?

LUIS.—Sí, pero ahora vuelvo. *(Cruza y vuelve.)* Ya estoy aquí.

ANA.—Ah, qué bien cruzas, se nota que tú cruzas bastante.

LUIS.—Sí, llevo mucho tiempo.

ANA.—¿Cuánto años tienes?

LUIS.—69.

ANA.—Uy, no lo parece.

LUIS.—69 mi padre, yo 22 y mi madre 57. ¿Tienes...un cigarro?

ANA.—No, no fumo, ¿y tú, quieres un chicle?

LUIS.—No, también soy soltero. ¿Y tú, tienes años?

ANA.—De clorofila.

LUIS.—Ah, qué joven también.

ANA.—Sí, es sin azúcar.

LUIS.—Bueno, voy a cruzar otra vez.

ANA.—Si quieres te acompaño.

LUIS.—Yo sé solo, pero si quieres venir.

ANA.—Vale, y así echo el rato (*Cruzan y vuelven.*) Qué divertido ha sido.

LUIS.—¿Quieres que crucemos otra vez?

ANA.—No, no, sería demasiado.

LUIS.—No, por mí no; si una tarde empecé a cruzar a las tres y acabé a las doce.

ANA.—¿Todo seguido, sin parar? ¿Y con quién?

LUIS.—Con nadie, solo.

ANA.—¿No tienes amigos?

LUIS.—Sí, 1223.

ANA.—Ah ¿Tantos?

LUIS.—Una vez crucé con los ojos cerrados y a la pata coja.

ANA.—Qué atrevido. Pues yo lo máximo, ha sido cruzar de espaldas.

LUIS.—¿Y con el semáforo en rojo?

ANA.—No, en ámbar.

LUIS.—Bueno, también... ¿A que no eres capaz de cruzar con el paraguas cerrado?

ANA.—¿Cómo, así? (*Lo cierra hacia abajo.*)

LUIS.—No, así. (*Lo cierra tapándose la cabeza.*)

ANA.—Es que no sé... Luis.

LUIS.—¿Te doy la mano?

ANA.—Vale (*Cruzan y se ríen.*) Ay que emocionante. Una vez de pequeña cruce

en carretilla, y me lo pasé de bien.

LUIS.—Pues vamos a hacerlo.

ANA.—Pero es que... (*Él la empuja y la coge de los pies y cruzan.*) Yo decía en la carretilla de mi padre, que era albañil (*Poniéndose de pie.*) ¿Se me ha visto algo?

LUIS.—Yo casi nada.

ANA.—Pues si quieres lo hacemos otra vez, para que me veas algo.

LUIS.—Hombre, tampoco me gusta abusar.

ANA.—No, si no te preocupes, si...

LUIS.—Pues te doy un beso.

ANA.—Hombre hay confianza, pero...bueno va. (*Ella cierra los ojos y él la besa en la frente.*)

LUIS.—¿Qué?

ANA.—Bien.

LUIS.—¿Sabes una cosa?, cuando te he dado el beso en la frente, tú tenías así los labios.

ANA.—Ya, los he puesto yo.

LUIS.—Pues parecías un pez.

ANA.—Sí, mi madre siempre me decía, "Anda que eres una raspa".

LUIS.—La mía a mí me decía, "Anda y cállate so besugo".

ANA.—Pues tú no pareces un pez.

LUIS.—Sí, mira. (*Cierra los ojos y ella lo besa.*) Ha pasado un ángel.

ANA.—¿Por qué?

LUIS.—Porque me ha rozado los labios.

ANA.—Qué lindo.

LUIS.—No te creas, ha comido ajo.

ANA.—No, chorizo.

LUIS.—¿Y cómo lo sabes?

ANA.—Porque llevaba el bocadillo en la mano.

LUIS.—Ah, ¿cruzamos otra vez?

ANA.—Uy, no, es muy tarde y me tengo que ir, ¿quedamos para mañana?

LUIS.—No, es que mañana he quedado con 700 amigos para cruzar la autopista, ya nos veremos otro día.

ANA.—Sí, algún día; al fin y al cabo la vida es un cruce. *(Al despedirse ella le tiende la mano y él, nervioso, le cuelga el paraguas.)*

LUIS.—Te lo regalo.

(Salen, cada cual por donde entró.)

A PALO SECO

(Reme está llorando y entra Ágata. Ágata es transexual. Esta escena podría ser perfectamente entre dos mujeres, sin que por ello varíe el sentido de la misma.)

ÁGATA.—¿Qué pasa? ¿Te ha pegado? ¿Puedo pasar? ¿Dónde ha ido? ¿Te ha hecho daño? ¿Tú que le has hecho? *(Reme llora más fuerte.)* Contesta hija, que te estoy hablando.

REME.—Si es que no me da tiempo.

ÁGATA.—Hija, es que eres lenta, ¿te ha pegado, sí o no?

REME.—Sí, pero ha sido sin querer.

ÁGATA.—Sin querer, sin querer, ¡Bestia!, que es un bestia.

REME.—Si casi no me ha dolido.

ÁGATA.—A ver, ¿dónde ha sido?

REME.—Aquí.

ÁGATA.—¿Dónde?

REME.—Por ahí.

ÁGATA.—Pues si no tienes nada.

REME.—Si casi no ha apretado.

ÁGATA.—Ni para eso sirve, el imbécil. No deja ni marca. Así pegará el idiota. No es hombre ni para eso.

REME.—Ágata, mujer, que es mi marido.

ÁGATA.—No, defiéndelo, tú encima defiéndelo.

REME.—Es que yo también me he pasado.

ÁGATA.—Sí, como una leona te habrás puesto, seguro.

REME.—No, pero cuando se ha ido le he dicho... bruto.

ÁGATA.—Te habrás quedado a gusto, hija.

REME.—Pues no creas, que eso le da mucha rabia.

ÁGATA.—¿Rabia? ¡El cólera tendría que darle!

REME.—No digas eso mujer.

ÁGATA.—Pero es que, ¿no ves cómo te pega?

REME.—Pero si no me hace daño.

ÁGATA.—¡Por eso mismo! ¿Tú te crees que eso es cariño? Un hombre que no

pone pasión para zurrarte, eso, eso no es quererte, Remedios.

REME.— *(Llora de nuevo.)* Ay, no me digas eso, Ágata.

ÁGATA.—Yo siento ser dura, pero es así. ¡A ver si te vas a desencajar, Reme! *(Le da en la espalda.)*

REME.—Tú sí que tienes suerte, Ágata. Tu Picheras sí que te arrea a conciencia.

ÁGATA.—Uy, ese sí. Pero es que el Picheras me quiere mucho, ¿eh? Me achucha cada paliza, ¡oh, qué hombre!, como me quiere. Claro que lo nuestro viene de lejos.

REME.—Pero, al principio, ¿también era así?

ÁGATA.—¡Igual!, desde el primer día que me vio, me ha querido lo mismo. Ya ves, el mismo día que nos conocimos, me reventó la nariz sin decir ni mu.

REME.—Pues Ramón, el día que más me quiso, sólo me hizo un moradito aquí en la espinilla, pero con las medias ni se me veía.

ÁGATA.—Si lo que yo te digo, Remedios, ese no te quiere. Ahora, pero es que tú no sabes ponerte en tu sitio.

REME.—¿Y qué hago, Ágata, qué hago?, si yo no he conocido más hombre que éste y no tengo ninguna experiencia.

ÁGATA.—Pues, no sé, insúltalo, dile cosas, ¿a qué aún no le has dicho: cabrón me cago en la leche que has mamao?

REME.—No, es que me da cosa.

ÁGATA.—Ves, ¿entonces cómo quieres que te arree, si tú tampoco le das cariño?

REME.—Si es que soy muy desgraciada, Ágata. Toda mi vida huérfana y ahora que tengo alguien que me quiera y me pegue a destajo, ni me quiere ni me pega.

ÁGATA.—Ya te he dicho que tú también tienes que poner de tu parte; no te creas tú que todo el monte es orégano, hija, que todo cuesta en esta vida.

REME.—¿Cómo es eso que me has dicho?

ÁGATA.—¿El qué?

REME.—Lo de la leche y las cabritas.

ÁGATA.—¡Ah!, cabrón me cago en la leche que has mamao.

REME.—*(Memoriza.)* Cabrón, me cago....

ÁGATA.—Y no es sólo eso, después tienes que seguir manteniendo el tipo.

REME.—Pues mira que no como apenas, Reme.

ÁGATA.—Digo que tienes que seguir provocándolo.

REME.—¿Cómo?

ÁGATA.—Pues un día le quemas su camisa preferida con la plancha, o le pones

las lentejas recalentadas,...

REME.—¿Y eso funciona?

ÁGATA.—¡Uy!, yo con las lentejas soy infalible, el día que hay lentejas me acuesto con un ojo morado.

REME.—¡Qué suerte!, cuanta dicha hay en tu hogar.

ÁGATA.—Pues ya ves, yo sola me lo he currado. Pero, ¿sabes lo que desde luego no falla?

REME.—Dime.

ÁGATA.—Cuando estés acostada lo llamas con el nombre de tu antiguo

novio, ya verás.

REME.—Si yo no he tenido otro novio.

ÁGATA.—Pues te lo inventas, y le dices; Joaquín échate para allá.

REME.—¿A quién le digo eso?

ÁGATA.—A tu marido

REME.—Se llama Ramón.

ÁGATA.—Ya, pero representá que tu antiguo novio se llamaba Joaquín.

REME.—¿Y no podía llamarse Ramón?

ÁGATA.—Es que si le dices; Ramón, échate para allá, no se entera que estás llamando a tu novio.

REME.—No, pero si digo: Ramón, novio mío de antes, échate para allá, sí.

ÁGATA.—Reme, ¿quieres conquistar a tu marido o no?

REME.—Claro que quiero mujer, es lo que más quiero.

ÁGATA.—Pues hazme caso y dile Joaquín.

REME.—Es que se me olvidará.

ÁGATA.—Pues le dices el primer nombre que te venga a la cabeza.

REME.—Me vendrá Ramón.

ÁGATA.—¡Y dale!, pues si le dices Ramón no hará efecto, que lo sepas.

REME.—¡Ay Ágata, qué difícil es que te quieran!

ÁGATA.—El de tu padre, dile el nombre de tu padre, ese no se te olvidará.

REME.—Pero si soy huérfana.

ÁGATA.—Pero, ¿de nacimiento?

REME.—¡Uy, de mucho antes!; yo nunca he tenido padre. Ni cuando nací.

ÁGATA.—Y entonces, ¿quién te pegaba de pequeña?

REME.—Las monjas.

ÁGATA.—¿Las monjas?, ¿Esas que les ponen los hábitos de pequeñitas?

REME.—¿De pequeñitas?

ÁGATA.—Sí, ¿no te has fijado que no llevan cremalleras, ni botones, ni

corchetes, ni nada?

REME.—Es verdad, no me había fijado.

ÁGATA.—Me lo explicó el Picheras un día. De esto sabe bastante. Las visten recién nacidas con esos hábitos grandiosos, y cuando crecen ya les está bien.

REME.—¡Ah!

ÁGATA.—Sí, el Picheras sabe mucho de todo, y más que no dice porque le da apuro saber tanto.

REME.—Pues me querían mucho, Ágata, y hasta ahora no lo he comprendido.

ÁGATA.—Ya ves.

REME.—A mí era a la que más pellizcaban. Me pellizcaban mucho, cada día, a todas horas. Pellizcos para desayunar, para comer, pellizcos para rezar, para acostarme; hasta para despertarme me daban pellizcos. Tonta de mí, y entonces yo pensaba que era para hacerme daño. Hasta ahora no he comprendido cuanto me querían, Ágata. ¡Ágata! pero, ¿por qué lloras, mujer?

ÁGATA.—Es que te he visto tan feliz recordando; se te ha puesto una carita tan... de ángel. Parecías una santa martirizada a pellizcos. Y ya ves, se me ha escapado una lágrima; ¡qué tonta soy!

REME.—¿Y a ti?, ¿quién te pegaba a ti de pequeña?

ÁGATA.—Mi padre. Yo tampoco lo entendía al principio, pero mi madre, que en gloria esté, cuando aún me llamaba Josemari, me decía; Josemari, si tu padre te pega es porque te quiere y no quiere que sufras, en esta vida quien más te quiere te hará llorar. Porque no es lo mismo Reme, llorar que sufrir, y llorar lloraba mucho, toda mi vida he llorado.

REME.—¿Y no sufrías?

ÁGATA.—Lo normal para vivir.

REME.—¡Eres tan buena, Ágata! Eres la hermana que no tuve, qué digo la hermana, la madre, qué digo la madre...

ÁGATA.—¡Vale, guapa!, qué no soy tan mayor.

REME.—No, no quería decir eso. Es que contigo me siento bien, Ágata.

ÁGATA.—Anda, no digas más tonterías.

REME.— De verdad, Ágata, cuando estoy contigo no necesito a Ramón, ni a nadie.

ÁGATA.— No sigas Reme, no quiero. *(Se va.)*

REME.—Ágata, yo sé que a ti te pasa lo mismo.

EL GINSENG

(Él llega de trabajar. Ella está en casa vestida, quizá, con un picardías.)

NIÑA.—Niño, ¿ya has llegado?

NIÑO.—Sí niña, ya he llegado, es que he tenido mucha faena.

NIÑA.—¡Ayyy! ¡Qué te quiero! ¡Guapo, guapo, guapo y bonito!, ¡y bonito!, ¡y bonito, bonito, bonito!

NIÑO.—Niña, que los vecinos van a decir que estás loca.

NIÑA.—Pues, que lo digan, porque lo estoy; lo estoy por tus huesos, por tu cara, por tu pelo, por tu...

NIÑO.—Niña, joder, que son ya las nueve.

NIÑA.—Y luego las diez, y las once, y las doce y, a las doce... ¡Ay, a las doce! ¡Guapo, guapo, guapo y bonito!, ¡y bonito!, ¡y bonito, bonito, bonito! Mira niño, te he traído tres cajas más de ginseng.

NIÑO.—Pero niña, si quedan cuatro cajas todavía.

NIÑA.—Es igual eso no se echa a perder. Adivina niño, qué te he hecho para cenar.

NIÑO.—Callos a la madrileña.

NIÑA.—No, que luego te duelen los pies.

NIÑO.—Conejo en sanfaina.

NIÑA.—Luego, luego te dará sanfaina el conejo, bandido.

NIÑO.—Lentejas con chorizo.

NIÑA.—¡Qué poca imaginación, niño! ¿No puedes ser más original?

NIÑO.—Pato con salsa de pistacho camboyano en aroma de langosta noruega con una oliva de Andújar en lo alto.

NIÑA.—Ahora te has pasado, niño.

NIÑO.—Pues mira, no sé, me rindo.

NIÑA.—Sopa de ginseng con fideos y berenjenas rellenas de queso y ginseng.

NIÑO.—Niña, ¿no nos estaremos pasando?

NIÑA.—¡En grande, nos lo estamos pasando en grande!

NIÑO.—A lo mejor no es bueno tanto ginseng.

NIÑA.—Niño, lo que no mata engorda, y a ti matando no te está matando, más bien te engorda, ¿y qué te engorda? ¡Guapo, guapo, guapo y bonito!, ¡y bonito!, ¡y bonito, bonito, bonito!

NIÑO.—Niña, pues a la larga tanto ginseng nos va a traer problemas, y no me digas más eso que parezco la virgen del rocío.

NIÑA.—¡Qué más quisiera la virgen del rocío tener una caja de ginseng en su capilla!

NIÑO.—Pues, ¿tú te acuerdas del Hipólito, el que trabaja conmigo? Le dije que se tomará ginseng y no sabes lo bien que le va.

NIÑA.—¡Al Hipólito y hasta al papa si se lo tomará! No se hable más, ¿te pongo un ginseng-tónico mientras caliente la cena? ¿O me pongo el picardías y hoy no cenamos?

NIÑO.—Niña, pero, ¿no puedes pensar en otra cosa? *(Tapándose la entrepierna sin darse cuenta.)*

NIÑA.—Si es que mira dónde pones las manos, si es que me provocas. ¡Guapo, guapo, guapo y bonito!, ¡y bonito!, ¡y bonito, bonito, bonito!

NIÑO.—Niña, tengo que contarte una cosa, pero no sé cómo te lo vas a tomar.

NIÑA.—Me lo tomo con un ginseng, ¿eh?

NIÑO.—Mejor tómatelo con calma.

NIÑA.—Niño, me estás asustando. Venga, siéntate y me lo explicas.

NIÑO.—No puedo.

NIÑA.—¿No puedes qué?

NIÑO.—Sentarme, niña, no puedo.

NIÑA.—¿Y eso por qué?

NIÑO.—De eso quiero hablarte, resulta que el Hipólito, el de antes...

NIÑA.—Ya, el del ginseng.

NIÑO.—Trabaja, delante mío, y se le ha caído una llave inglesa; y se ha agachado para cogerla, y yo nunca me había fijado, ¡el Hipólito tiene un culo!

NIÑA.—Pero niño, ¿qué me estás diciendo?

NIÑO.—Espera que no he acabado; luego se me ha caído a mí también la llave inglesa y...

NIÑA.—¿A ti también se te ha caído?

NIÑO.—Bueno, la he tirado yo.

NIÑA.—Pero niño, niño...

NIÑO.—Espérate niña; luego se han caído los alicates, el destornillador, las tenazas...

NIÑA.—¡Total, toda la tarde cayéndose las herramientas!

NIÑO.—Y recogiénolas, niña, y recogiénolas.

NIÑA.—Ay niño, yo no entiendo que me quieres decir.

NIÑO.—Pues que tanto agacharse uno y agacharse el otro y, tanto ginseng y las herramientas por allí sueltas...

NIÑA.—Ay niño, ay niño que me va a dar.

NIÑO.—Ya te dije niña, que tanto ginseng no era bueno.

NIÑA.—Bueno, mira; un tropiezo lo tiene cualquiera, me echo el alma atrás...y anda... ¿Te pongo la cena?

(Suena el teléfono.)

NIÑO.—¿Sí? ¡Ah, Hipólito! No, no puedo hablar, si yo también, sí, ya bajo. ¡Guapo, guapo, guapo y bonito!, ¡y bonito!, ¡y bonito, bonito, bonito! *(Cuelga)*

el teléfono.) Era mi tía, la de Palencia, que se ha muerto, me tengo que ir.

NIÑA.—¿Y no cenas?

NIÑO.—No, no puedo. *(Se va.)* Ah, no me esperes para cenar. *(Se va y vuelve a coger la caja de ginseng.)* Ah, mejor no me esperes para nada.

(Se va, dejándola a ella mirando por dónde desaparece.)

EL RAMO DE FLORES

(Él está esperando en la calle con un ramo en las manos. Llega ella..)

MARILOLI.—Hola Eusebio, ¿hace mucho que esperas?

EUSEBIO.—Desde esta mañana, pero no te preocupes, no tenía nada que hacer. Esto es para ti.

MARILOLI.—¿Para mí? ¿Por qué? Ay, Eusebio, no deberías.

EUSEBIO.—¡Pues no se hable más! *(Las pisotea.)*

MARILOLI.—Pero Eusebio, por el amor de Dios, ¿qué haces, Eusebio?

EUSEBIO.—Pero Mariloli, ¿no has dicho que no debería?

MARILOLI.—Que no deberías, pero ya que has debido..., me las debes Eusebio.

EUSEBIO.—Pues toma, *(Recogiéndolas.)* no quiero deber nada.

MARILOLI.—Ay, Eusebio, ¡me gustas más cuando te enfadas!

EUSEBIO.—¿Sí?, pues, pues...mira: ¡me cachis!

MARILOLI.—Me cachis, ¿qué?, me cachis, ¿qué, Eusebio?

EUSEBIO.—Me cachis las flores, Mariloli. *(Las pisotea de nuevo.)*

MARILOLI.—Ay Eusebio, eres, eres una fiera sexual, Eusebio.

EUSEBIO.—Pues ahora, ¡me cachis las flores que me meo un peo y tú con las bragas, Mariloli!

MARILOLI.—Ay Eusebio, me voy a morir, me voy a morir Sandokán, que eres un Sandokán.

EUSEBIO.—¡Me cago en Sandokán, que se pintaba los ojos!

MARILOLI.—Me vas a matar, bestia, que no tienes compasión.

EUSEBIO.—Pues..., ¡como pise una caca me va a dar un coraje qué, qué... yo que sé!

MARILOLI.—Para, para, es que no tienes piedad conmigo Eusebio.

EUSEBIO.—No ya no me paro, ¡jelines!, que estoy cabreado y como coja a Tarzán le voy a pegar una torta.

MARILOLI.—No, no pares, vuélveme turuleta como la gallina.

EUSEBIO.—¡Aaahhh! *(Grito de Tarzán.)*

MARILOLI.—*(Canta.)* "La gallina turuleta ha puesto un huevo, ha puesto dos, ha puesto tres..."

EUSEBIO.—¡Aaahhh!

MARILOLI.—"Ha puesto cuatro, ha puesto cinco, ha puesto seis"

EUSEBIO.—¡Aaahhh! ¡Anga hua, chita, anga hua!

(Canta la una y grita el otro hasta el final, en un frenesí in crescendo de alaridos y movimientos. Cuando paran, él se enciende un cigarro.)

EUSEBIO.—¿Te ha gustado, Mariloli?

MARILOLI.—Lo he pasado del carajo, Eusebio. Anda, dame una calada, que me cachis en todo yo ahora, Eusebio; es que estoy yo de cabreada, Eusebio...

EUSEBIO.—Pues lo siento Mariloli, yo ya no estoy ni mosqueado. *(Se va.)*

MARILOLI.—*(Se va detrás.)* ¿Y las flores que me debes? ¡Eusebio, Eusebio! ¡Las flores!

A TRAVÉS DEL DIARIO

(Cada uno tiene un diario y lo están leyendo. Pueden estar en la cama, en el sofá, en un banco del parque.)

CONSUELO.—Ernesto, mira que dice aquí: "Chica busca chico que la comprenda". Pobrecita ¿no?, deambular por el mundo sin nadie que te entienda, ¿eh Ernesto?

ERNESTO.—Sí pobrecita, Consuelo.

CONSUELO.—Ay mira, otro: "chica necesita chico que la escuche, la quiera y la entienda sin compromiso". Qué pena, ¿no Ernesto?

ERNESTO.—Sí, Consuelo, sí. ¿Por qué no lees para ti, Consuelo?

CONSUELO.—Porque me siento... incomunicada, Ernesto, ¿tú no?

ERNESTO.—Pero es que es justo lo que necesito para leer, incomunicación.

CONSUELO.—Pero es mejor compartir, ¿no, Ernesto? ¿Por qué no leemos y compartimos Ernesto?

ERNESTO.—Consuelo, eso son...

CONSUELO.—Anda Ernesto, venga vá, yo leo y comparto y tú lees y compartes. Ya verás que acompañados nos sentimos. ¡Uy!, escucha: "Se necesita perro bilingüe para hermanas siamesas solteras" Qué gracia, ¿eh, Ernesto?

ERNESTO.—Sí, muy gracioso.

CONSUELO.—Anda, comparte tú algo, venga Ernesto.

ERNESTO.—Yo no sé, Consuelo.

CONSUELO.—Anda, sí, si es muy fácil, sólo tienes que leerme alguna noticia o algún anuncio y ya está; venga, Ernesto.

ERNESTO.—Vale, está bien: "Si no ganamos la liga, me retiro".

CONSUELO.—¡Ah!

ERNESTO.—¿Ves Consuelo?, yo no sé.

CONSUELO.—No, si está muy bien; lo que pasa es que me pilló de sorpresa la noticia, pero es buena, es muy..., es muy deportiva. Me toca: "Azucena busca jardinero que la cuide". Ahora tú.

ERNESTO.—"Si hay que llegar a los penaltis, llegaremos".

CONSUELO.—Muy bien también, Ernesto; ¿Y si pasas la página deportiva, Ernesto? Otra: "Lola busca Lolo que le lea y la deje lela". Qué fuerte, ¿eh; Ernesto? A ver tú.

ERNESTO.—"Hombre mata a su mujer porque le robo el corazón"; anda, eso para que te fies.

CONSUELO.—Es que hay hombres con un pronto.

ERNESTO.—Y mujeres con una manía de ir por ahí, cogiendo lo que no es suyo.

CONSUELO.—Hombre Ernesto, a lo mejor sólo quería compartir.

ERNESTO.—Pues las cosas se piden de buenas maneras.

CONSUELO.—A veces no basta, y si no: "Es feliz tras conseguir lo que su marido nunca le dio".

ERNESTO.—¿Ah sí?, pues mira éste: "Abandona a su marido por no darle éste en su momento lo que le hizo falta".

CONSUELO.—¡Qué bestia! "Se suicida porque sin su mujer, era un cero, nada, una caca con pantalones".

ERNESTO.—"Se tira al tren, porque a su marido se la tiraba otra"

CONSUELO.—"Señor se tira un pedo, porque es lo mejor que sabía tirarse".

ERNESTO.—"Cuerpo femenino busca cerebro masculino que la mantenga".

CONSUELO.—"Viudo busca tercera mamá".

ERNESTO.—"Viuda busca cocinero que la caliente".

CONSUELO.—"Macho busca cocinera que le fría los huevos".

ERNESTO.—"Chica busca chico que le ponga la almeja al vapor".

CONSUELO.—¡Grosero!

ERNESTO.—¡Guarra!

CONSUELO.—"Hombre no busca nada porque es inútil".

ERNESTO.—"Mujer no busca nada porque un hombre se lo da todo".

CONSUELO.—"Mujer insatisfecha busca cualquier cosa que le aporte algo que no sea todo".

ERNESTO.—"Mujer tonta, porque es tonta y morirá tonta".

CONSUELO.—"Hombre con cara de balón busca pelota que rebote a su lado para siempre".

ERNESTO.—"Hombre busca Consuelo, encuentra Consuelo y se le caen al suelo".

CONSUELO.—"Mujer encuentra Ernesto y le dice: Ernesto que te den por el recto".

ERNESTO.—¡Muy bien! ¿A esto lo llamas compartir?

CONSUELO.—No, a esto lo llamo aguantar a un imbécil. *(Se dispone a irse.)*

ERNESTO.—¿Dónde vas?

CONSUELO.—Me voy.

ERNESTO.—¡Ah!, muy bien, vete; pero si te vas, si te vas..., si te vas...

CONSUELO.—Si me voy, ¿qué, Ernesto?

ERNESTO.—Si te vas, bájate la basura.

DE DISCO

(Luces de discoteca. Raúl está bailando, ve a Juanlu y se le acerca. Los dos gesticulan mucho al hablar para hacerse entender, pues no se oyen entre ellos. Y no se oirán en toda la escena hasta que la música pare.)

RAÚL.—¿Tienes un cigarro?

JUANLU.—¿Fuego? No, no tengo. ¿Tienes un cigarro?

RAÚL.—No, no importa, en realidad era una excusa para acercarme.

JUANLU.—Pues estamos apañados sin tabaco.

RAÚL.—Yo también llevo rato viéndote.

JUANLU.—¿Y aquí no venden?

RAÚL.—No creas, a mí también me daba corte.

JUANLU.—Sí que es raro, sí, que siendo una discoteca...

RAÚL.—Mira, he dicho me lanzo o no me lanzo; y me he lanzado.

JUANLU.—Yo también es la primera vez que vengo. Soy de fuera.

RAÚL.—Cada uno es como es. Tú no vienes mucho por aquí, ¿no?

JUANLU.— De Soria, justo llegué ayer.

RAÚL.—Pues es extraño, porque no te había visto nunca.

JUANLU.—Sí, yo también me había dado cuenta, no hay ni una tía, macho.

RAÚL.—¿Ah, sí? Pues ya ves que no me como a nadie.

JUANLU.— Pues eso espero, porque llevo tres semanas que no mojo.

RAÚL.—Raúl, pero me puedes llamar Ra, ¿y tú? *(Tendiendo la mano.)*

JUANLU.—¿Tres semanas también? *(Estrechándole la mano.)*

RAÚL.—¿Emilio José?, ¡qué largo!

JUANLU.—¡Qué casualidad!

RAÚL.—Emi, así es mejor. *(Ríen los dos.)*

JUANLU.—Hombre, claro que vendrán.

RAÚL.—Mucho más cortito.

JUANLU.—Y en cuanto vea a una me tiro de cabeza.

RAÚL.—*(Abriendo mucho los ojos.)* No son lentillas, es mi color natural.

JUANLU.—¿Se te ha metido algo?

RAÚL.—Gracias, los tuyos también son muy bonitos.

JUANLU.—¿Ya está?, anda que si llega a entrar alguna tía y no la ves. *(Ríe.)*

RAÚL.—Pues a mí me gustan mucho, que sí, son marrones pero muy expresivos.

JUANLU.—Eso si entra alguna.

RAÚL.—De verdad, me encantan tus ojos.

JUANLU.—Oye, ¿dónde están los lavabos?

RAÚL.—No, yo te invito. ¿Tú qué quieres?

JUANLU.—¿Tampoco hay lavabos? ¡Pues vaya mierda de disco!

RAÚL.—Que no, que ya voy yo y te lo traigo, ¿qué quieres?

JUANLU.—Yo también, la primera vez y la última.

RAÚL.—Qué pesado, luego pagas tú.

JUANLU.—¡Ya te digo!

RAÚL.—¿Vodka con qué?

JUANLU.—Pero ya que estamos...

RAÚL.—¿Limón? Ahora vuelvo. *(Se va.)*

JUANLU.—Tú mismo, yo me quedo. *(Vuelve Raúl.)* ¿Te lo has pensado mejor?, claro tío, ya mearemos.

RAÚL.—Es que de paso he ido al lavabo, toma.

JUANLU.—¿Es para mí?, tío como te enrollas.

RAÚL.—De nada, vale, la otra tú.

JUANLU.—Es que, tío, me has partido el corazón, aquí lejos de mi casa, sin conocer a nadie. *(Lo coge.)*

RAÚL.—Sí, lo comparto con dos chicos más, pero no hay problema.

JUANLU.—¡Que va!, cualquiera no lo haría tío.

RAÚL.—Yo sí tengo, está en la puerta aparcado.

JUANLU.—Pues ha sido un puntazo, lo juro.

RAÚL.—No, gomas, sí que no tengo.

JUANLU.—A mí tampoco me gusta esto.

RAÚL.—Sí, hay una de Repsol de camino.

JUANLU.—Claro, que haya tías.

RAÚL.—No, cuando tú quieras.

JUANLU.—Pero, ¿están en tu casa?

RAÚL.—A mí me es igual.

JUANLU.—¿Y estarán despiertas?

RAÚL.—Bueno, esperamos un ratito, pero esto ya mismo se acaba.

JUANLU.—Vale, para mí la rubia. Tío, eres la hostia de buena persona.

RAÚL.—Tú también me vas cantidad.

(Se para la música.)

RAÚL.—Se acabó, ¿nos vamos?

JUANLU.—Sí, vamos, deprisa.

RAÚL.—Chico que impaciente de golpe.

JUANLU.—Es que no sabes las ganas que tengo.

RAÚL.—Pues yo ni te cuento, tengo hasta el vello de punta.

JUANLU.—Pues yo el vello no, pero lo otro...

RAÚL.—¡Ay!, eres tan imprevisible. *(Salen.)*

LA ASESINA

(Una mujer cruza el escenario y se le cae una pistola. Está en plena calle.)

ANTONIO.—¡Señorita! ¡Eh! ¡Señorita!

MARGA.—¿Si?

ANTONIO.—Se le ha caído esto.

MARGA.—¿Cómo?

ANTONIO.—La pistola, que se le ha caído.

MARGA.—No. Perdone, creo que se equivoca.

ANTONIO.—No, la he visto cuando se le caía.

MARGA.—¿A mí?

ANTONIO.—Sí, a usted; yo estaba allí y usted ha cruzado y se le ha caído. Es suya.

MARGA.—No, yo noooooo...

ANTONIO.—Sí, usted síiiiiii... Vamos, cójala.

MARGA.—Pero, es que...

ANTONIO.—¡Cójala!

MARGA.—Bueno, la cojo por no hacerle un feo pero...

ANTONIO.—Bien, que pase un buen día. Adiós.

MARGA.—¡Espere!

ANTONIO.—¿Si?

MARGA.—¿No quiere saber para qué la llevo?

ANTONIO.—No, la verdad es que no.

MARGA.—Voy a matar a mi marido.

ANTONIO.—¿Su marido no será mecánico?

MARGA.—¿Cómo lo sabe? ¿Es usted policía?

ANTONIO.—No, tranquila, no se asuste; soy mecánico también, pero estoy en paro; por eso decía, si usted me diera la dirección del taller donde su marido..., a lo mejor...

MARGA.—No faltaba más. Apunte: Jovellanos, 31. Pregunte por Juárez, es el encargado.

ANTONIO.—Gracias, muchas gracias, es usted muy amable. Adiós.

MARGA.—¡Espere! ¿No desea saber por qué?

ANTONIO.—¿Por qué, qué?

MARGA.—Por qué voy a matar a mi marido.

ANTONIO.—¡Ah, no!, no me...

MARGA.—Está bien. Disculpe si le he molestado. *(Se dispone a irse.)*

ANTONIO.—Bueno va, dígamelo.

MARGA.—Porque me engaña con otra.

ANTONIO.—¿Y sabe cómo se llama ella?

MARGA.—Dulce.

ANTONIO.—¡Bonito nombre!

MARGA.—Sí, no está mal. Pero, ¿sabe lo peor de todo?

ANTONIO.—No, cuente.

MARGA.—¿Le apetece tomar un café y mientras se lo explico?

ANTONIO.—Es que no tengo mucho tiempo, la verdad.

MARGA.—Bueno, seré breve, seré breve. Además el café me altera mucho los nervios, y claro si me pongo a temblar y fallo...

ANTONIO.—Claro, la entiendo.

MARGA.—Imagínese que le doy en un ojo.

ANTONIO.—Y la ve con el otro cómo huye.

MARGA.—¡Uy, no!, quite, quite; es capaz de denunciarme.

ANTONIO.—Sí, sí; la naturaleza humana tiene a veces unas reacciones...

MARGA.—La naturaleza humana y mi marido también, que es muy raro.

ANTONIO.—Ya. Bueno, encantado. Buenas tardes.

MARGA.—Entonces..., ¿no quiere saberlo?

ANTONIO.—¿Sí?

MARGA.—Lo peor de todo, ¿no quiere saberlo?

ANTONIO.—Bueno, pero es que es tarde, no crea.

MARGA.—Se lo cuento rapidito.

ANTONIO.—Si es así...

MARGA.—Lo peor de todo es que no lo hago por venganza. Muchas gracias. Adiós.

ANTONIO.—¡Oiga! ¿Cómo que adiós?

MARGA.—Adiós, ¿no tiene prisa?

ANTONIO.—Sí, pero ahora no puede dejarme así.

MARGA.—Ay, mire, es que no quiero entretenerlo más.

ANTONIO.—No se preocupe, si ya llego tarde.

MARGA.—¿Seguro?, no lo hará por...

ANTONIO.—No, no, de verdad. Dígame, si no lo hace por venganza, ¿por qué es?

MARGA.—¡Por solidaridad!

ANTONIO.—Perdone, no la entiendo.

MARGA.—Él me va a abandonar.

ANTONIO.—¿Y?

MARGA.—Para ir a vivir con ella, Dulce.

ANTONIO.—¿Y qué?

MARGA.—¡Ay!, como se nota que usted no conoce a mi marido. Mi marido es un amargado, y mi vida junto a él ha sido una amargura, y yo, que me llamo Marga no puedo permitir también que amargue a Dulce.

ANTONIO.—¿Pero si la ama?

MARGA.—Sí, la ama, como a mí al principio. Todo era tan romántico, tan

entrañable... En una palabra: ¡Romantrañable!

ANTONIO.—¿Sabe una cosa?

MARGA.—Dígame.

ANTONIO.—Es usted muy buena.

MARGA.—No me diga eso.

ANTONIO.—Sí, sí, y solidaria. ¡Buena y solidaria!

MARGA.—Pues no crea, que mi trabajo me cuesta; porque yo no mato a mi marido cada martes.

ANTONIO.—Me hago cargo. Es usted digna de admiración.

MARGA.—¿Usted cree?

ANTONIO.—Lo creo y lo reafirmo: ¡Solidaria, que es usted una solidaria!

MARGA.—Acabará ruborizándome.

ANTONIO.—Nada más lejos de mi intención.

MARGA.—Bien, ya va siendo hora.

ANTONIO.—Si puedo hacer algo por usted...

MARGA.—¿De verdad quiere hacer algo por mí? Béseme.

ANTONIO.—¿Cómo?

MARGA.—Béseme, ¡ahora!

ANTONIO.—¿Aquí?, ¿así?

MARGA.—Sí, por favor, hágalo.

ANTONIO.—¿En los labios?

MARGA.—No, en toda la boca. ¡Vamos!

ANTONIO.—Bueno, pero... *(Lo besa ella profundamente.)* ¿Me da usted su teléfono?, es para saber cómo le ha ido.

MARGA.—No, yo lo llamaré.

ANTONIO.—Le doy el mío, entonces.

MARGA.—No, lo llamaré al taller. Jovellanos 31, ¿recuerda?

ANTONIO.—¡Ah sí! Me llamo Antonio, para cuando llame. ¡Suerte!

MARGA.—Gracias, la necesitaré, porque tengo una puntería...

ANTONIO.—Apunte a la cabeza, nunca falla.

MARGA.—Gracias, es usted muy amable. *(Va a irse.)* Pero, ¿y si le doy en un ojo?

ANTONIO.—No huya, que es peor.

MARGA.—Aunque no crea, mi marido tiene unos ojillos... Y una cabezota...

Bueno, adiós, adiós que llego tarde. *(Se va.)*

ANTONIO.—Adiós. *(La llama de nuevo.)* ¡Señorita! ¡Eh! ¡Señorita! Mira la estúpida, ahora se hace la sorda.

MALOS ENTENDIDOS

(Él está sentado en el sofá mirando la tele. Llega ella.)

PACO.—¿Ya estás aquí?

MERCEDES.—Sí, ¿ya se ha acabado el partido?

PACO.—Sí.

MERCEDES.—¡Ay Paco!, lo que me he reído con tu hermana, Paco.

PACO.—Ha venido el lampista a arreglar el termo; luego ha venido también tu hermano.

MERCEDES.—¿Y qué ha dicho?

PACO.—Qué le falta una pieza.

MERCEDES.—¿A mi hermano le falta una pieza? ¿Dónde?

PACO.—No, al termo. Ha dicho que mañana volverá y se quedará a comer.

MERCEDES.—¿El lampista se va a quedar a comer? ¿Y qué le hago, Paco?

PACO.—Nooo, tu hermano. ¿Cómo ha ido el entierro?

MERCEDES.—Imagínate. Tu hermana también ha venido. La Puri estaba destrozada. Pero mira, me he reído con ella....

PACO.—¿La Puri estaba de guasa con su madre de cuerpo presente?

MERCEDES.—No Paco, me he reído con tu hermana. Daba no sé qué de verla, pálida, en los huesos, vestida de negro...

PACO.—Pues que vaya al médico, a ver si va a tener anorexia a su edad, ahora mi hermana.

MERCEDES.—¿Tu hermana? Tu hermana que va a tener anorexia, tu hermana lo que tiene es gula. Decía la Puri, la pobre. Ya ves, hemos pasado por una pastelería y se ha comido tres milhojas seguidas.

PACO.—Pues anda que enterrar a su madre y hartarse de pasteles...

MERCEDES.—Paco, es tu hermana la de las milhojas. Estate más atento hijo, que no te enteras. Pues ha sido una pena, mira, no llevaba puesta la dentadura y estaba...vaya, fatal.

PACO.—A ver Mercedes, ¿la Puri o mi hermana?

MERCEDES.—Chiquillo, la muerta. Si te digo yo que no te enteras. ¿Y el lampista cuando vuelve?, ¿lo ha dicho?

PACO.—Pues sí, pero no lo he oído bien, porque en ese momento el árbitro ha pitado penalti, y se ha ido.

MERCEDES.—¡Mira que fresco!, pita penalti y se va, para que no le echen la culpa, ¿no?

PACO.—Que no Mercedes, al rato también se ha ido el árbitro, pero te decía el lampista. Ya ves, le han pegado un botellazo y ha tenido que salir corriendo.

MERCEDES.—¿Al lampista? Claro, no se va a ir. No habrá sido mi hermano, Paco.

PACO.—¡Al lampista, dice! Al árbitro, le han metido un botellazo desde las gradas. Se ha tenido que ir porque su mujer se ha puesto de parto.

MERCEDES.—Claro, del disgusto del botellazo que le han dado a su marido, y ¿qué lo han dicho por la tele?

PACO.—Que no Mercedes, que te estas liando, que es la mujer del lampista la que se ha puesto de parto.

MERCEDES.—No, si ya, ¿y que le han llevado en la ambulancia?

PACO.—¿A quién? ¿A la mujer del parto o al árbitro del botellazo?

MERCEDES.—¡Yo que sé! A uno de los dos.

PACO.—Al árbitro, sí, antes de acabar el partido.

MERCEDES.—¿Y a la mujer del lampista?

PACO.—No, a ella la ha llevado un vecino.

MERCEDES.—¿Y mi hermano?

PACO.—¿Tú hermano como la iba a llevar sino la conoce y ni se había enterado?

MERCEDES.—Quiero decir qué cómo se ha ido tan pronto.

PACO.—Tenía que madrugar para pasar por la compañía del agua. ¿Te ha dicho mi hermana lo de mi cuñado?

MERCEDES.—¿Otra vez problemas con el contador? ¿Qué me tenía que decir?

PACO.—Dice que se la han cortado.

MERCEDES.—¿A su marido?! Oich, no me ha dicho nada. Oich, qué disgusto, pobrecillo, ¿pero toda?, ¿de raíz?

PACO.—El agua, Mercedes, el agua.

MERCEDES.—¿El agua?

PACO.—A tu hermano le han cortado el agua. Pues lo van a despedir de la compañía.

MERCEDES.—¿Qué lo van a despedir?, pues yo no me muevo de allí, me encadeno a los depósitos hasta que me den el agua.

PACO.—¿Qué dices?

MERCEDES.—Hombre, ¿él no tiene al corriente sus recibos?, ¿él no paga cada dos meses como todo el mundo?, pues entonces, ¿a qué viene que le corten el agua sin mas? Si es fallo del contador, lo que tienen que hacer es cambiárselo de una vez. ¡A mí!, a mí me iban a echar....

PACO.—¡A mi cuñado, Mercedes! ¡Al marido de mi hermana lo van a despedir de la compañía de seguros!, se lo han dicho esta tarde y ha llamado aquí.

MERCEDES.—Ay bueno, hijo, no me chilles que no soy sorda.

PACO.—Si es que no te enteras.

MERCEDES.—Eres tú, que no te explicas.

PACO.—Desde que has entrado que nos parado de liarte.

MERCEDES.—Mira quién fue a hablar, que lo mezcla todo y no se aclara.

PACO.—¡Anda!, vete a dormir que me estás volviendo loco.

MERCEDES.—¡Acuéstate, tú!, que me tienes loca perdida. *(Pausa.)* Oye, Paco...

PACO.—¿Hum?

MERCEDES.—No hay derecho, ¿verdad?

PACO.—No, no lo hay.

MERCEDES.—Pero, la compañía no puede hacer eso, ¿verdad?

PACO.—¿Despedirlo? ¿Qué no puede despedirlo?

MERCEDES.—No, dejarlo sin agua.

LA HUIDA

(Ella está esperando en medio del monte. Llega él.)

PARMÉNIDA.—¡Oh, amor mío! ¿Cómo os demorasteis tanto?

CHELI.—Vámos, vámonos. Antes de que nos vean.

PARMÉNIDA.—Sí huyamos. Hagamos que nuestras almas vuelen más allá de todos los ojos que miran.

CHELI.—Bueno, eso quería decir, lo de las almas y eso.

PARMÉNIDA.—Huyamos pues.

CHELI.—Pues,... ¿qué?

PARMÉNIDA.—¿Decíais?

CHELI.—No, que tú has dicho pues, y digo, igual quiere decir algo.

PARMÉNIDA.—No, mis labios desde este instante están sellados con la cera de nuestro amor.

CHELI.—*(Mira atrás.)* ¿Vuestro?

PARMÉNIDA.—El nuestro.

CHELI.—Bueno, vámonos antes de que salga el sol.

PARMÉNIDA.—Sí, que el amanecer no delate nuestra osadía.

CHELI.—Oye, tú estás muy rara, ¿te ha pegado tu padre?

PARMÉNIDA.—¿Mi padre?, No, ¿Por qué lo preguntáis?

CHELI.—¡Y dale! No sé, porque estás como emporrada.

PARMÉNIDA.—No. Estoy con todos los anhelos acurrucados aquí en mi pecho.

CHELI.—¿Justo en las tetas?

PARMÉNIDA.—¿Decís?

CHELI.—Nada, es igual. ¡Vámonos!

PARMÉNIDA.—¡Esperad! ¿Estáis seguro de lo que hacéis? ¿Pensáis amarme para siempre?

CHELI.—Otra vez, ¿con quién hablas?

PARMÉNIDA.—Con vos, por supuesto.

CHELI.—¿Qué pasa?, no quieres huir, ¿no es eso?, te arrepientes; dilo, total, mejor ahora que no cuando estemos lejos y no haya remedio.

PARMÉNIDA.—Huir, huir hacia el futuro donde las aves digan mi nombre y el aire huela a vos.

CHELI.—O sea que no vienes.

PARMÉNIDA.—Decía que el paraíso está...

CHELI.—¡Pues dilo claro, tía!

PARMÉNIDA.—Ahora soy yo la que no os comprende a vos.

CHELI.—Pues está clarísimo, nena, ¿o vienes o no vienes?

PARMÉNIDA.—Voy, voy y mil veces iña si vos me lo pidiereis.

CHELI.—No mira, te lo voy a pedir sólo una vez, ¿vienes o no?

PARMÉNIDA.—Sí, vamos. Esperad, sabed que si mi padre nos diera caza me encerraría en un convento de por vida.

CHELI.—¡Ya!, y a mí me corta los huevos.

PARMÉNIDA.—Me hacéis ruborizar.

CHELI.—Más colorada te vas a poner cuando tengamos tiempo, gitana mía. ¡Vamos!

PARMÉNIDA.—¿Sabéis?, junto a vos perder la dote, perder el título, perder las tierras...no me importa.

CHELI.—Pero vamos ya, que a este ritmo pierdo yo los cojones y a mí sí me importa.

PARMÉNIDA.—Una última cosa. Al salir de palacio en medio de la noche, miré hacia atrás y lo vi recortarse contra la luz de la luna y pensé: ahí te quedas, cárcel de juventud, ahí te quedas para siempre.

CHELI.—¿Cuándo has estado tú en el trullo? De verdad que estás muy rara.

PARMÉNIDA.—¿Por qué? ¿No sentisteis vos algo parecido?

CHELI.—Yo lo único que sentí fue a mi viejo que roncaba y las ratas que corrían por la calle. ¡Y no me llames más vos que parezco un perro!

PARMÉNIDA.—Desmógenes, amor mío, me dais miedo.

CHELI.—¿Qué me has dicho?

PARMÉNIDA.—Que me dais miedo.

CHELI.—Pero, ¿cómo me has llamado?

PARMÉNIDA.—Amor mío.

CHELI.—No, antes.

PARMÉNIDA.—¿Antes? Desmógenes. ¿Qué ocurre?

CHELI.—¿Por qué me llamas así?

PARMÉNIDA.—¿Cómo queréis que os llame?

CHELI.—Pues Cheli, como siempre.

PARMÉNIDA.—¿Qué queréis decir?

CHELI.—Que queréis decir, que queréis decir, parece que hables con una multitud. *(Ella rompe a llorar.)* Perdona, perdona es que estamos nerviosos. Pero es que no me gusta eso que me has llamado. *(Llora más fuerte.)* Bueno, vale, llámame como quieras; pero yo te llamo Choni, como siempre, ¿eh? *(Llora más.)* ¡Vaya! ¿ahora tampoco quieres que te llame Choni? Bueno, pues dime ¿cómo te llamo?, pero no llores más, va, ¿cómo te llamo?, ¿qué es, un juego?

PARMÉNIDA.—Siempre me llamasteis Parménida, ¿por qué ibais a llamarme de otra manera?

CHELI.—¿Parménida? Parménida es muy feo. *(Rompe a llorar de nuevo.)* Vale, vale te llamo... eso que has dicho; pero delante de los colegas te llamo Choni, ¿eh?, sino, ya sabes como son el Picheras y los otros, se iban a partir el culo. Mira ya está saliendo el sol y nosotros aún aquí, tanto, tanto hablar,

venga vamos.

PARMÉNIDA.—¿Dónde tenéis el caballo?

CHELI.—Si yo ya me he quitado, lo juro, si tú lo sabes; ahora sólo un porro de vez en cuando... Ven, por aquí, que tengo ahí la moto que me la ha dejado el Picheras. *(Salen juntos.)*

TANGO

(Están ensayando. Tienen un exagerado acento argentino.)

EVELYN.—La, la, la, lá, lá.

REINALDO.—Bien, bien, bien, empecemos de nuevo, ¿ah?

EVELYN.—La, la, la, lá, lá.

REINALDO.—¿Pero qué te pasó hoy? Evelyn, vos sos la más grande, sos la más grande, ¿no?

EVELYN.—Sabes que mi cabeza me estalla, Reinaldo.

REINALDO.—¡Basta ya de subterfugios!, ¿me oyés?, basta ya, me oíste, ¿ah?
(Le da una torta.)

EVELYN.—*(Arreglándose.)* Oh, que ostiá me diste. Es inútil seguir fingiendo; vos sabes que yo os amo y vos me amás, ¿no es cierto?

REINALDO.—Sí, pero vos estás loca, os dije una y mil veces que lo nuestro es un imposible.

EVELYN.—Sí, incluso compusisteis una canción, ¿vos creés que yo lo olvidé?
(Canta.)

*Entre hermanos, entre hermanos
adónde vamos*

Fué maravillosa, pero Reinaldo, no es cierto.

REINALDO.—No es cierto, ¿el qué?, ¿qué no es maravillosa?, ¿vos querés destruirme?, ¿vos querés hundirme en la miseria?

EVELYN.—*(Trágica)* No, jamás, no Reinaldo. Lo que no es cierto es que seamos hermanos.

REINALDO.—Ah! ¡Esta sí que es buena!, ¡Esta es buenísima!

EVELYN.—Sí Reinaldo, mamá en su agonía me lo confesó, me lo confesó todo, me compuso una bella canción que decía:

*Vos no sos mi hijita
vos sos de tía Evelinda
que os entregó de chiquitita
así no soy tu mamá, yo soy la tita*

REINALDO.—No me lo puedo creer, ¡vaya!, no me lo puedo creer.

EVELYN.—Pues es cierto, no somos hermanos.

REINALDO.—No, no me puedo creer que mamá te cantará mientras se estaba muriendo.

EVELYN.—Pues sí, me cantó; con la mano que no tenía el suero llevaba el compás de la música.

REINALDO.—Así que vos sos hija de tía Evelinda, la mugrienta.

EVELYN.—Sí, pero yo os pediría que no llamaráis mugrienta, prefiero un nombre como...señá Evelinda; además le he compuesto una canción que os mostraré, Reinaldo:

*Mamá Evelinda, mamá Evelinda
yo soy vuestra hija Evelyn
sabes que yo os quiero
y lo que la gente diga a mí, plín*

REINALDO.—¡Es linda, linda! ¡Ah, que linda, es linda!

EVELYN.—Entonces Reinaldo, lo nuestro no es imposible.

REINALDO.—Sí Evelyn, lo sigue siendo, porque hay algo que yo nunca os conté; Tía Evelinda me compuso una canción en su lecho de muerte, que

desía así:

*Reinaldo, Reinaldo
tengo que confesaros algo
tu padre me hizo una niña
y luego tuvimos una riña*

EVELYN.—No puedo creerlo, no puedo creerlo.

REINALDO.—Pues sí, y vos parece ser, sos la niña.

EVELYN.—No, lo que no puedo creer es que mamá os cantara antes de morir.

REINALDO.—Si mi mamá os canto a vos, ¿por qué tu mamá no me pudo cantar a mí?

EVELYN.—No más porque mamá era muda.

REINALDO.—No, tu mamá no era muda, es que las mataba callando; a mi mamá por ejemplo, la mato callando.

EVELYN.—¿Tu mamá murió porque mi mamá calló?

REINALDO.—No, mi mamá cayó, porque tu mamá la empujó.

EVELYN.—¿Y vos como lo sabes?

REINALDO.—Mamá me compuso también una cansión que desía:

*No te fies de tía Evelinda, Reinaldo
me dijo asómate a la ventana
y yo me asomé siendo mi hermana
y me tiro porque le dio la gana*

EVELYN.—¡Oh!, pobre de mi mamá, cuánto debió sufrir.

REINALDO.—¿Cómo osas desir pobre mamá, después de lo que expliqué?

EVELYN.—Mi mamá no quiso empujar a tu mamá, no más enseñarle el paisaje.

REINALDO.—¿Cómo lo sabes?

EVELYN.—Me lo contó en una cansión:

*Yo no empujé a mi hermana
ella sacó mucho el morro
yo le dije que hasés tan asomada
y contestó: me asomo lo que me salé el pоторro*

REINALDO.—¡Mirás cómo me dejás!, porque Evelyn, a tu mamá la maté yo, porque siempre creí que empujó a mi mamá; lo siento Evelyn, fue sin querer.

EVELYN.—Ché, no te preocupés, a la vuestra la empujé yo.

REINALDO.—¿Por qué Evelyn, por qué?

EVELYN.—Porque vos sabés que vuestra mamá desafinaba cuando cantaba, vos no sabés como molestaba. *(cantan, ahora juntos)*.

EL- Pero Evelyn, jolín, era mi mamá

ELLA- Que más dá, que más dá, que más dá

EL- Me parece Evelyn que tenés algo que cantar

ELLA- Qué papá, qué papá, no era mi papá

EL- Qué decís Evelyn, anda soltalo ya

ELLA- Qué papá, qué papá tampoco era tu papá

EL- Acaba, acaba vos querés liarne a mí

ELLA- Ahí va, ahí va, que papá era esteril

EL - Entonses, Evelyn, ¿ya no somos hermanos?

ELLA- Pues no, no, no, no, no, no, no

EL- Pues sí, Evelyn, sí que somos hermanos

ELLA- Tenés vos algo que explicar

EL- Que sabiéndolo mamá y tía Evelinda

ELLA- *Si no te das prisa, la consi3n se acabar3*
EL- *Que en un banco de semen se quedaron ensirto*
ELLA- *As3 pues solo somos hermanos de banco*
EL- *No llegaron a entrar, somos hijos de Paco*
ELLA- *¿Y al Paco 3ste, d3nde lo hallaron?*
EL- *Era el portero del banco y juntas lo sepillaron*
ELLA- *Entonces lo nuestro Reinaldo...*
EL- *...lo nuestro es imposible Evelyn*
ELLA- *¿Juntos s3lo podemos seguir cantando?*
El - *Y ya ni cantar podemos, Evelyn.*
El y ELLA- *Porque lleg3 el fin.*

EL ADI3S

(Rufino est3 en casa, escribiendo una carta de despedida para su mujer.)

RUFINO.—Manuela, me voy, cuando vuelvas ya no estar3. Ya no te aguanto m3s, eres una mandona; me maltratas psiqui3tricamente, y eso no est3 bien. Tambi3n eres una pegona y me maltratas personalmente cada vez que te da la gana, y ya no te aguanto m3s. T3 potaje es mal3simo y nunca me gust3, y si repet3a era para que se acabara pronto, pero eso no se lo comen ni los guarros. ¡Ah!, por cierto, tambi3n eres una gu3rra. Vale que las piernas no te las depiles, pero el bigote tendr3as que afeit3rtelo cada ma3ana y en los sobacos hacerte un recogido o at3rtelos a la cintura, que ya se te ven por el refajo...

MANUELA.—*(Entrando.)* Rufino, ya estoy aqu3. He venido m3s temprano...Me he colado, por que voy a engañar a nadie, me he colado.

(3l, que ha intentado esconder la carta, se la pone en el 3ltimo momento sobre la cabeza.)

MANUELA.—¿Qu3 haces Rufino?

RUFINO.—Nada.

MANUELA.—¿Y por que est3s tan quieto? ¿No habr3s roto algo Rufino?

RUFINO.—No.

MANUELA.—¿Qu3 es eso Rufino?

RUFINO.—¿El que?

MANUELA.—Ese papel.

RUFINO.—¿Qu3 papel?

MANUELA.—El que llevas en la cabeza Rufino.

RUFINO.—¿Éste? No sé, pero no pone nada de ti.

MANUELA.—¿Por qué te lo has puesto?

RUFINO.—Yo no me lo he puesto, se me habrá caído.

MANUELA.—Rufino, ¿no será que no te has peinado?, ¿eh, Rufino?, ¿no será eso? Te tengo dicho Rufino, que te peines.

RUFINO.—No, sí que me he peinado, y con raya, aquí al lado.

MANUELA.—Entonces Rufino, ¿por qué te has puesto el papel?

RUFINO.—Es que... es que quería envolverme.

MANUELA.—Envolverte, ¿para qué?

RUFINO.—Para regalo, Manuela.

MANUELA.—Rufino, sabes que no me gustan los regalos, que luego no sé dónde ponerlos. ¡Ah! te he comprado sesos de cordero y ahora mismo te los rebozo y te los comes, porque ese es el problema que tienes, que no comes sesos. *(Mientras ella sale, él se mete el papel en la boca para ocultarlo. Ella vuelve.)* Mira, mira que hermoso, mira cuantas venillas, ¿te gusta? *(Él asiente con la cabeza.)* Rufino, ¿te gusta o no? No te oigo.

RUFINO.—¡Uhhmm!

MANUELA.—Rufino, ¿qué tienes en la boca? No será un chicle Rufino. *(El niega con la cabeza.)* Rufino, te tengo dicho que no comas chicles, que luego no te acuerdas de tirarlo y te acuestas con él y cuando te duermes se te cae en la almohada y se me pega a mí en el pelo, Rufino. ¡Échalo, venga! *(El niega con la cabeza.)* Rufino, ¡echa el chicle! ¡Rufino! *(El niega.)* ¡Echa el chicle ahora mismo! *(Lo saca y ella lo recoge en su mano.)* ¡Ay Rufino! que avaricioso eres, se lo ha metido hasta con el papel. ¿Qué pensabas, que te iba a pedir?

RUFINO.—Manuela...

MANUELA.—¿Qué?

RUFINO.—Manuela yo...

MANUELA.—¿Tú qué, Rufino?

RUFINO.—Manuela yo...

MANUELA.—¿Qué me estas provocando, Rufino? ¿Qué quieres provocarme?, ¿eh?, ¿qué quieres que te dé una torta y no sepas ni por donde te ha venido?, ¿eh?, ¿eso quieres?

RUFINO.—No Manuela, yo...

MANUELA.—¡Ea!, tú te lo has buscado. Mira, el coco, un pajarito... ¡toma! *(Se la da.)* ¡Ea!, ya estarás contento. Hasta que no me haces padecer de esta manera no estás contento.

RUFINO.—Manuela te voy a dejar.

MANUELA.—Me vas a dejar ¿qué?, Rufino ¿qué me vas a dejar?

RUFINO.—Nada, a ti.

MANUELA.—¿Nada?, ¿Qué a mí no me vas a dejar nada?

RUFINO.—No, no que no te vaya a dejar nada a ti.

MANUELA.—¿Ah no? ¿A mí no? ¿Entonces a quien se lo vas a dejar? ¿A tu madre?

RUFINO.—No, no le voy a dejar nada a nadie.

MANUELA.—¡Ah! ¿Qué quieres, quedártelo todo para ti?, ¿eh, egoísta?, que eres un egoísta.

RUFINO.—¿Todo el qué, Manuela?, ¿todo el qué me voy a quedar yo?

MANUELA.—Tú sabrás, egoísta. Aclárate que no hay quien te entienda y eres un egoísta.

RUFINO.—Que te dejo, que me voy.

MANUELA.—¿Que te vas? ¿Que te vas a dónde? ¿Dónde vas a estas horas? ¿Y qué esperas, que te espere levantada con el alma en vilo, egoísta?

RUFINO.—No, no me tienes que esperar.

MANUELA.—¡ja!, para que llegues cuando te dé la gana, ¡ja!

RUFINO.—No Manuela, es que no voy a volver.

MANUELA.—¿Qué no vas a volver en toda la noche? ¡Y un pepino, Rufino! Ahora mismo cenamos y a dormir.

RUFINO.—Manuela sí es que...

MANUELA.—¡Qué no, he dicho!, es más, mira, no vas ni a cenar. ¡Hala, a la cama! ¡Te has quedado sin potaje!

RUFINO.—Pero Manuela...

MANUELA.—¡Sin potaje he dicho! *(El comienza a irse.)* ¡Hombre!, me voy me voy, así empiezan todos y luego acaban dejando siempre a la mujer sola en casa, y terminan desquiciadas perdidas de no tener con quien hablar. ¡Comunicación, Rufino, es lo que hace falta!, comunicación y diálogo y menos salir.

RUFINO.—Pero...

MANUELA.—¡A dormir!

RUFINO.—Sí, Manuela.

MANUELA.—Anda, dame un beso, ¡Truhan, que eres un truhan! ¿Qué se dice?

RUFINO.—Buenas noches, Manuela.

MANUELA.—¡Hala, buenas noches! *(Se va.)* ¡Ay señor!, no sé qué va a ser de él el día que yo le falte.

LA MÁS INDICADA

GABY.—Siéntate.

ROSA.—¡No!, prefiero quedarme de pie.

GABY.—Siéntate, por favor.

ROSA.—Repito que prefiero seguir de pie. Habla, di lo que tengas que decir.

GABY.—Clara... yo... yo, no sé cómo empezar.

ROSA.—Si quieres empiezo yo. Se ha acabado todo, Eduardo.

GABY.—No digas eso, Clara; yo te quiero.

ROSA.—¡Ya!, y me quieres tanto que me tienes en un altar y no sabes que hacer conmigo. En cambio a ella la quieres tan poco que no te importa follártela hasta dejarla totalmente exhausta a la pobrecilla. ¡Y yo pensando que tenías depresión!

GABY.—Y es cierto que...

ROSA.—Sí, en el pito tienes depresión!

GABY.—Clara, deja que te explique, no sé qué te habrá contado ella, pero te juro...

ROSA.—¡Calla Eduardo!, no jures. No tendrás juramentos para todas. Se acabó Eduardo, se acabó.

Me..., me habría bastado con que me quisieras un poco menos; lo justo para bajarme del altar a la cama de vez en cuando; aunque fuera sólo los sábados, como todo el mundo; fíjate, ya me habría bastado.

GABY.—Aún se puede arreglar. Yo te necesito y lo sabes.

ROSA.—¿Sabes cuánto tiempo llevo yo necesitándote? ¿Cuánto tiempo llevo haciendo el amor sin ti? Sí, sin ti y sin nadie; y lo peor es que siempre estabas. Eres un cabrón, Eduardo. Has destrozado mi vida.

GABY.—No digas eso, yo...

ROSA.—Tu madre, Eduardo. Me has convertido en tu madre. Y a mí como

madre sólo me apetecería darte el pecho, o cambiarte los pañales, o... ¡Dios mío! ¡Que perversión! ¡Ya no sé qué digo! *(Llora.)*

GABY.—Clara...

ROSA.—Quiero decir, que tú para mí lo eres todo. Vivo para ti, sonrío para ti, me levanto para ti y me acuesto para ti, aunque tú no te enteres. Me visto y también me desnudo para ti.

En estos años te has apañado para que no sea nada sin tí. Has intentado convencerme de que no merecía la pena respirar si tú no estabas. Eres un cabrón. Me he dejado engañar por un cabrón y me has convencido *(Saca una pistola.)* Ya no quiero respirar.

GABY.—Clara, ¡No! ¡Te quiero!

ROSA.—Mucho te quiero perrito, pero pan bien poquito. *(Se apunta a la boca.)*

GABY.—¡No, Clara, no lo hagas! Yo te amo Clara... *(Ella se saca la pistola.)* ¿Qué haces? ¡Dispara!

ROSA.—¡Que no! Que no me motiva. No lo encuentro lógico, Gaby.

GABY.—Pero, ¿qué es lo que no encuentras lógico?, dime.

ROSA.—No sé, que ella se suicide. Me parece absurdo.

GABY.—Rosa, ya lo hemos discutido. Ella se suicida porque se siente vacía, ¡porque sin él se siente una mierda!

ROSA.—¡No!, no me chilles Gaby, no me chilles que cojo mi bolso y aquí te quedas con tu obra.

GABY.—Vale, vale, lo siento cariño. Mira vamos a hacer un descanso. Perdona Rosa, estoy nervioso; queda un mes solo para el estreno y llevamos mucho tiempo aquí encallados.

ROSA.—Gaby, creo que no puedo hacerlo.

GABY.—¿Qué dices?

ROSA.—Siento que me va grande. No, no me identifico. No me sale de

dentro. No encuentro el estímulo para llegar al suicidio. No, no sé Gaby; quizás...

GABY.—Para, para. Rosa, estás nerviosa.

ROSA.—Te ha salido un pareado.

GABY.—¿Qué?

ROSA.—Un pareado, Rosa nerviosa.

GABY.—Tú puedes hacerlo. Nadie mejor que tú puede hacerlo. Tú eres la más indicada. Por eso te lo ofrecí a ti.

ROSA.—De verdad, ¿crees que soy la más indicada?

GABY.—Estoy convencido.

ROSA.—Sabes que cualquiera estaría dispuesta a trabajar contigo.

GABY.—Rosa, te quiero a ti.

ROSA.—¡Bien, vamos! Una última cosa, ¿de verdad no lo haces por qué nadie me llama?, ¿por qué si no es contigo, no trabajo este año?

GABY.—Rosa, cariño, yo confío en ti, en tu talento, por eso lo hago. Eres la más indicada, ya te lo he dicho, la más indicada para este papel.

ROSA.—¡Venga, vamos! No te voy a defraudar, lo juro cariño, dame un beso. Verás que no habrías podido hacer mejor elección. Lo voy a bordar, será un éxito, ya lo verás.

GABY.—Eso es. Así me gusta verte, con ilusión.

ROSA.—*(Cogiendo la pistola.)* Vamos a seguir. Tengo, tengo algunas propuestas que te van a impresionar. Oye, ¿esto no estará cargado?

GABY.—¿Qué propuestas?

ROSA.—Tú sígueme; si no te gustan, luego las discutimos.

GABY.—Miedo me das.

ROSA.—¿Confías o no?

GABY.—¡Va! Retomamos en el "tú para mí lo eres todo", y hasta el final, sin parar.

ANTE EL ALTAR

(Están los dos solos de espaldas al público. Ante el altar. El cura no se verá en ningún momento.)

ROSA.—Sin parar. *(Continúa.)* Quiero decir, que tú para mí lo eres todo. Vivo para ti, sonrío para ti, me levanto para ti y me acuesto para ti, aunque no te enteres. Me visto y también me desnudo para ti.

En estos años te has apañado para que no sea nada sin ti. Has intentado convencerme de que no merecía la pena respirar si tú no estabas. Eres un cabrón. Me he dejado engañar por un cabrón y me has convencido. *(Saca una pistola.)* Ya no quiero respirar.

GABY.—Clara, ¡No! ¡Te quiero!

ROSA.—Mucho te quiero perrito, pero pan bien poquito. *(Se apunta a la boca.)*

GABY.—¡No, Clara, no lo hagas!. Yo te amo Clara... *(Ella se saca la pistola y le apunta a él.)* ¿Qué? ¿Qué haces?

ROSA.—Pero si tú tampoco respiras, yo lo haré por ti. *(Dispara. Él cae, ella llora con un lamento.)* Lo haré por ti, lo haré por ti. *(Se recompone. Se sacude las rodillas feliz.)* ¿Qué? ¿Qué te parece?, ¿eh, Gaby? Yo me siento más...más... ¿cómo diría? Más, ¿confluída?, ¿confluenciada? No sé, esta actitud es como menos..., menos ¿victimista?, ¿victimizada? No sé, no sé cómo decir. ¿Tú que crees? *(Lo mira.)* ¿Gaby?, ¿a ti que te parece? Gaby, te estoy hablando ¿No crees cariño...? ¿Gaby? *(Se acerca.)* Gaby... *(Está muerto. Se separa. Coge la pistola, la huele.)* ¡Hijodeputa! Estaba cargada.

VOZ EN OFF.—Yo os declaro...

ELLA.—Un momento padre, *(Se gira.)* cari...

EL.—*(Se gira.)* ¿Si?, cari.

ELLA.—Cari, no estoy embarazada.

EL.—¿Cómo, cari?

ELLA.—Que no estoy preñada, cari.

EL.—No es posible cari.

ELLA.—¿Cómo que no es posible cari?, cari.

EL.—Pues que el predictor dio positivo, cari.

ELLA.—Bueno cari, ¿qué me quieres decir con eso?

EL.—Pues, ¿qué te voy a querer decir?, que si tú haces una prueba de embarazo y da positivo, es que tú estás embarazada.

ELLA.—No, porque si la prueba de embarazo es de otra, yo no tengo porque estarlo aunque yo la haga, cari. Un momento padre, un momento.

EL.—Pero, ¿es qué el predictor no era tuyo, cari?

ELLA.—Pues sí que era mío cari, que me costó casi 20 euros.

EL.—¿Entonces, cari?

ELLA.—Pero es que el pipí era de mi hermana.

EL.—Padre, un minuto por favor. ¿Pero qué me quieres decir con eso, cari?

ELLA.—Pues que la que está embarazada es mi hermana, cari.

EL.—Pero, ¿tú por qué tienes que coger pipí de otra para hacerte pruebas, cari?

ELLA.—Pues mira cari, no sé qué contestarte.

EL.—Pues no puede ser cari, no puede ser.

ELLA.—Pues lo es cari, pues lo es.

EL.—Que se espere padre, jolín. Pues si yo no me he acostado con tu hermana cari, lo juro.

ELLA.—Cari, ¿y eso que tiene que ver, cari?

EL.—Que si el niño del predictor es mío, pero yo no lo hecho con tu hermana, ¿cómo va a estar embarazada, cari?

ELLA.—Porque el padre del niño del predictor no eres tú, cari, es otro ¿Se quiere esperar un momentín padre, hostri?

EL.—Cari. Padre se está poniendo un poco pesado, ¿eh? Pero si nos casamos porque estás preñada y yo soy el padre, pero el padre es otro y la que está embarazada es tu hermana, ¿por qué no se casa tu hermana y el otro, cari?

ELLA.—¿Cuándo, cari?, ¿cuándo quieres que se casen ellos?

EL.—Pues ahora mismo.

ELLA.—Pero cari, ¿cómo quieres que se casen ahora, si a mi hermana no le está bien este vestido?

EL.—Pues se le pueden coger unos puntos aquí en la sisa, cari.

ELLA.—Padre, un poco de paciencia, un poco de paciencia padre. Cari y entonces, ¿qué hacemos con tu familia? Porque mi hermana no va a querer invitar a tus primos de Badajoz.

EL.—Cari, pues mis primos no se pueden ir ahora sin comer.

ELLA.—Pero cari, eso no es problema de mi hermana, cari.

EL.—Pero cari...Padre me está cansando, me está cansando padre. ¿Qué va a pensar ese hijo cuando sepa que lo ha tenido su tía y su padre es otro? ¿Tú no has pensado en eso, cari?

ELLA.—Ay no lo he pensado, cari, no lo he pensado; con lo del piso no me ha dado tiempo.

EL.—Y cuando vaya por la calle y la gente le diga: Ese niño es de su tía, ese niño es de su tía; ¿tú crees que eso no le va a doler, cari?

ELLA.—Para cari, para; no me tortures más cari. Padre, ¿se calla de una puñetera vez o qué?

EL.—Pero cari no llores, ¿por qué lloras cari? Padre, le voy a meter un revés.

ELLA.—Cari, porque para mí tampoco es fácil esta situación; ¿tú te crees que yo no sufro de ver que mi hijo lo va a parir mi hermana, qué este vestido es corto de sisa, qué no he encontrado un edredón que combine con las cortinas, y que tus primos se van a volver a Badajoz con el estómago vacío?, ¿te crees que yo no sufro, cari?

EL.—Si ya lo sé cari, si ya lo sé, si ya me hago cargo.

ELLA.—¿Y por qué me sigues machacando cari?

EL.—Por no machacar a éste que me está hinchando las pelotas.

ELLA.—No, si yo también le tengo unas ganas. Pero cari, ¿es que ya no me quieres?

EL.—Cari, claro que te quiero cariño.

ELLA.—¿Entonces por qué no te quieres casar ya conmigo?

EL.—¿Qué yo no me quiero casar contigo? Padre, ¿yo he dicho no quiero casarme contigo? Cari, claro que quiero casarme con él, con ella, contigo.

ELLA.—¿Entonces por qué le das tanta importancia a lo del niño, cari?

EL.—¿Qué yo le doy importancia a lo del niño?; a mí lo del niño me da igual, cari; a mí lo que me da rabia es el tío este coñazo que me está atacando de los nervios.

ELLA.—Padre, ¿es que no tiene otra cosa qué hacer?

EL.—No, que va, ¿para qué? si él está aquí muy a gustito, empapándose de todo.

ELLA.—Pues mira que a mí los hombres chafarderos me dan un coraje que yo qué sé.

EL.—Padre váyase, por su bien se lo digo, váyase que le meto.

ELLA.—Padre, ¿usted es tonto o es que sólo entiende latín? Váyase, váyase padre que todavía está a tiempo.

EL.—Ya me ha cabreado, ¿qué quiere buscarme la ruina, no?

ELLA.—Venga métele, métele, si desde que he entrado por esa puerta me ha caído gordo.

(Los dos le dan puñetazos por ambos lados, pero al no ser visible el cura, parecen estar boxeando entre ellos.)

VOZ EN OFF.—...marido y mujer.

FINAL DEL CRUCE

(Son los mismos personajes que los de EL CRUCE. Han pasado unos días desde la primera vez que se vieron. Cuando aparece ella mascando chicle, él ya está en escena, dispuesto para cruzar. Ella lleva los dos paraguas con los que se fue.)

ANA.—Hola, ¿te acuerdas de mí?

(Él la mira y no contesta. Vuelve a mirar al frente.)

ANA.—Soy Ana. La del chicle. Nos conocemos de un día.

LUIS.—¿De qué?

ANA.—De clorofila, ¿no te acuerdas?

LUIS.—No, no conozco a nadie de clorofila.

ANA.—Ah. Pero eres soltero, eso sí, ¿no?

LUIS.—Sí, todavía sí. Pero por poco.

ANA.—Yo soy soltera, desde mucho. ¿Quieres uno?

LUIS.—No como chicle entre horas. Ni de clorofila.

ANA.—Yo tampoco. *(Se saca el chicle y hace que lo lanza, pero se le queda pegado en los dedos. Ahora tendrá ese hándicap hasta que se deshaga de él.)*

LUIS.—Voy a cruzar.

ANA.—¡No!, que no llevas paraguas.

LUIS.—Es que no llueve.

ANA.—Pues si te esperas a que llueva, yo te presto uno.

LUIS.—¿Cuál?

ANA.—Este. ¿Te suena?

LUIS.—Un paraguas no suena. Te tapa de la lluvia. Si la hay. Sólo eso.

ANA.—Es verdad. Nunca lo había visto así.

LUIS.—Cruzo y lo pienso de mientras.

ANA.—¿Él qué?

LUIS.—Si lo acepto o no, el paraguas.

ANA.—Vale. Yo te espero aquí.

LUIS.—Puedes venir si quieres.

ANA.—O también puedo no ir si no quiero.

LUIS.—Es cierto.

ANA.—O puedo ir si no quiero.

LUIS.—Sí, también.

ANA.—O puedo no ir si quiero.

LUIS.—Bueno, voy a cruzar. Quédate si quieres.

ANA.—O puedo quedarme si no quiero.

(Él se va sin escuchar más. Ella intenta desprenderse del chicle mientras él vuelve.)

ANA.—O puedo no quedarme si quiero. *(Pausa.)* Estás disgustado.

LUIS.—He venido mil trecientos días y tú no viniste.

ANA.—Es que he tenido mil trecientas cosas que hacer.

LUIS.—Creí que no volveríamos a cruzarnos.

ANA.—Yo, yo tengo un cruce, Luis, de bulldog y chihuahua.

LUIS.—Que no era cierto que las vidas se cruzan una y otra vez.

ANA.—Así de chico. *(Señala con las manos.)*

LUIS.—He vivido mil trecientos días desesperados desde la semana pasada.

ANA.—Pero ya he venido y estoy aquí para cruzar contigo.

LUIS.—La autopista no es nadie sin ti.

ANA.—Las, las autopistas no deberían cobrar peaje, ¿no crees?

LUIS.—Yo quiero, yo quiero cruzarme contigo...

ANA.—Ya vengo. *(Dice casi para sí.)*

(Cruza sola y vuelve, mientras él acaba la frase a gritos.)

LUIS.—...contigo y sin pagar peaje.

(Al volver, él le coge la mano en la que lleva el chicle.)

ANA.—Espera. El chicle.

LUIS.—¿Qué chicle?

ANA.—El de clorofila.

LUIS.—¿Chicle? Dame uno, que me lo como.

ANA.—Ya, ya lo tienes.

LUIS.—¿Dónde?

ANA.—Ahí en la mano, entre los dedillos. En esa no, en la otra.

(Se lo mete en la boca.)

LUIS.—¡Ahammm! Y voy a aprender a hacer pompas.

ANA.—¿Cruzamos?

LUIS.—Vale. Déjame un paraguas. ¿A lo loco?

ANA.—*(Pausa. Sonríe desafiante.)* ¡A lo loco!

(Se dan la mano. Cruzan moviendo la cabeza de un lado a otro como locos y vuelven.)

LUIS.—Se me has escapado el chicle. Qué emoción.

ANA.—Buf, que subidón. Yo te veía y no te veía, te veía y no te veía, te veía y no te veía.

LUIS.—Pues el chicle, ha sido visto y no visto: fiunn, disparado. *(Silencio.)*

ANA.—Ha pasado un ángel.

LUIS.—Comiendo chorizo. *(Se ríen.)*

ANA.—Se está haciendo tarde.

LUIS.—¿Para qué?

ANA.—Para ser día.

LUIS.—No, aún es pronto.

ANA.—Si es tarde no puede ser pronto.

LUIS.—Sí, pronto para ser de noche.

ANA.—Me tengo que ir.

LUIS.—Y yo. Pero no quiero.

ANA.—Has quedado con tus setecientos amigos para mañana.

LUIS.—No, ya no voy con ellos.

ANA.—¿Por qué?

LUIS.—Porque me enfadé.

ANA.—¿Con los setecientos?

LUIS.—Sí, es que son muy suyos.

ANA.—¿Los setecientos? ¿Y se aclaran de quién es cada cual?

LUIS.—Bueno, en realidad cada uno es muy suyo de sí mismo.

ANA.—¿Y tú?

LUIS.—De nadie. Aún, de nadie.

ANA.—Ahora sí, he de irme.

LUIS.—¿Vendrás mañana?

ANA.—¿Quién sabe?

LUIS.—Tú. Por eso te lo pregunto.

ANA.—Nadie me ha hecho cruzar como tú.

LUIS.—Eso me suena a despedida.

ANA.—Es que ya me voy.

LUIS.—No te vayas aún.

ANA.—Tengo que hacerlo. Si me quedo...

LUIS.—Dame otro chicle.

ANA.—No, es tarde, Luis.

LUIS.—Ya verás qué pompas hago.

ANA.—No, Luis. No seas niño. Es tarde. No podemos...

LUIS.—Te hago pompas dobles.

ANA.—No te creo, ¡jopé!, ¿una dentro de la otra?

LUIS.—Sí, dámelo ya verás.

ANA.—No, no. No, que me estás liando y tengo que irme, Luis.

LUIS.—Sólo hasta que se le gaste el azúcar.

ANA.—Y cuando se acabe lo dulce, ¿me voy?

LUIS.—Lo prometo.

(Se lo va a dar. Pero se detiene.)

ANA.—No, Luis, no. No quiero darte un chicle de clorofila. No quiero que se acabe lo dulce. Y me tenga que ir. No quiero que te quedes aquí solito, mascando una goma sin sabor. No quiero darme la vuelta, alejarme sola por el arcén...

(Él le hace una llave inesperada que la tira al suelo. Y una vez ahí, se tumba encima y le da un beso de tornillo, de amor.)

ANA.—No quiero perderme esta vida llena de Petazetas. *(Le dice cara con cara.)*

LUIS.—¡Júrame que vas a venir cada día.

ANA.—Júrame tú antes que nunca te vas a arrepentir de habérmelo pedido.

(No contesta ninguna. Los dos se quedan callados. Mirándose se ponen de pie en silencio.)

LUIS.—Hasta mañana, entonces.

ANA.—Hasta mañana solamente.

(Se va cada uno por donde apareció. Él vuelve.)

LUIS.—¡Ana!, el paraguas, que fue un regalo. *(Pausa.)* Te lo guardo para mañana. Mañana, ni más, ni menos.

(Cuando está a punto de irse, ella entra corriendo y se le sube a la espalda.)

ANA.—Vámonos, Luis. Dame mi paraguas y vámonos de aquí.

LUIS.—¡Pero si no llueve, loca!

ANA.—¿Para qué esperar a que lo haga?

LUIS.—¿Estas segura, Ana?

ANA.—No, para nada. Por eso, abre tu paraguas, Luis, y vámonos.

(Los dos abren sus paraguas y salen, ella sobre él, riendo, corriendo y riendo los dos, como locos, como cualquiera haría.)

FIN

SOBRE EL AUTOR

Miguelángel Flores, cordobés, y de Sabadell desde un año después de nacer en 1967, es el menor de una familia de doce hermanos. Lo cual dice mucho de todo.

Durante muchos años ejerció de actor sin que nunca le diera para comer. Escribe de oído desde siempre. Y aunque ha asistido a algún taller literario, la realidad es que aprende sobre todo leyendo a los grandes. Y a los chicos. Escribe microrrelato desde hace unos años. Aunque mucho antes ya había escrito algo de teatro, pero siempre sin mala intención. Tiene relatos publicados en unas quince recopilaciones de diferentes autores; entre ellas, la de *Relatos en Cadena*, de Alfaguara. Y dos incluidos en la antología *De Antología. La logia del microrrelato*, de Talentura.

Además de esta obra, actualmente en cartel, está pendiente de estreno el espectáculo de danza teatro *La Vida Que Bailo*. Obra que él mismo dirigió junto a Carles de la Rosa en otro proyecto anterior, en Sabadell. También es autor de una comedia infantil, *Hay Que Acabar La Cenicienta*, llevada a escena en varias ocasiones en cursos y talleres infantiles. Actualmente dirige *Consuélamé, Consuela*, escrita junto a Moisés Ramírez, uno de los actores de la obra. Y espera acabar algún día *Vacíos y Querencias*, texto que comenzó a escribir hace unos años.

Desde hace casi dos años mantiene vivo un blog de microrrelato y otros atrevimientos, al que llamó *Eternidades y Pegos* porque considera que la vida está llena de ambas cosas. Sólo hay que fijarse.

SOBRE LA OBRA

Anda Que No Te Quiero se estrenó el 1 de febrero de 2013 en el teatro Alfil de Madrid, bajo la dirección de Jorge Gonzalo. Con él mismo y Sandra Marchena, encarnando ambos todos los papeles. Con escenografía de Anna Tussel. Actualmente, continúa representándose en la que ya es su tercera temporada.

Para saber más: www.teatroalfil.es.com

AGRADECIMIENTOS

A Francesc y Marta que me convencieron de este proyecto, como si los tres estuviéramos locos.

A Manu Espada, que aceptó desde el mismo instante que le propuse lo del prólogo.

A Sandra Marchena, Jorge Gonzalo y a aquellos que hacen posible el espectáculo en Madrid.

A Viéndolas Venir y a todos los que alguna vez pertenecieron a esta compañía, la primera que confió, hace más de diez años, en *Anda Que No Te Quiero*.

A mis amigos, que me empujan con su ilusión.

A mi familia, que siempre está aunque me equivoque.

A Toni, por creer más que yo y ser otro loco.

AGRADECIMIENTOS

A Francesc y Marta que me convencieron de este proyecto, como si los tres estuviéramos locos.

A Manu Espada, que aceptó desde el mismo instante que le propuse lo del prólogo.

A Sandra Marchena, Jorge Gonzalo y a aquellos que hacen posible el espectáculo en Madrid.

A Viéndolas Venir y a todos los que alguna vez pertenecieron a esta compañía, la primera que confió, hace más de diez años, en *Anda Que No Te Quiero*.

A mis amigos, que me empujan con su ilusión.

A mi familia, que siempre está aunque me equivoque.

A Toni, por creer más que yo y ser otro loco.